

Experiencia y Educación

Lorena Soledad Brönstrup Dressler

ORCID: 0009-0006-3158-5197

lorenabronstrup@gmail.com

Universidad del Norte

Dewey, J. (2010). Experiencia y educación (2.^a ed.; L. Luzuriaga, Trad.; J. Sáenz Obregón, Ed. y pról.). Madrid: Biblioteca Nueva.

John Dewey examina los obstáculos tanto de la educación tradicional como de la progresiva, y plantea la necesidad de fundamentar la práctica educativa en una teoría basada en la experiencia. La educación tradicional se caracteriza por un enfoque centrado en la transmisión de conocimientos y habilidades ya establecidas, donde el docente ocupa una posición central como figura de autoridad y el estudiante tiene un papel pasivo, limitado a recibir, memorizar y reproducir el saber sin cuestionarse su sentido. Este modelo, que predominó durante siglos en las escuelas, buscaba asegurar la continuidad cultural y social, pero muchas veces lo hacía a costa de la creatividad, la iniciativa personal y la capacidad de pensar críticamente.

Por otro lado, la educación progresiva, que surgió como una reacción frente a este esquema rígido, pretende fomentar la libertad, la participación activa y el interés del alumno en el proceso de aprendizaje. Según Dewey, este movimiento introduce avances significativos al reconocer que el estudiante no es solamente un receptor de información, sino un sujeto que construye conocimiento en interacción con su entorno. Sin embargo, advierte también que, cuando esta perspectiva se aplica sin una estructura adecuada, puede derivar en una libertad sin dirección, una especie de espontaneidad desorganizada que no necesariamente conduce a un aprendizaje significativo. En esos casos, el énfasis en la actividad del alumno puede degenerar en experiencias dispersas, superficiales o poco formativas.

Frente a la contraposición entre ambos enfoques, Dewey plantea que no basta con optar por un término medio o una simple mezcla de métodos. Lo que se requiere es una reconstrucción pedagógica basada en una filosofía de la experiencia. Este concepto resulta central en su obra: la educación no debe reducirse a una acumulación de datos ni a la simple vivencia de situaciones sueltas, sino que debe organizarse de modo que cada experiencia contribuya a un crecimiento continuo y orientado. Aquí introduce la idea de que no toda experiencia es educativa. Algunas pueden incluso obstaculizar el desarrollo futuro, como sucede cuando una vivencia negativa genera desinterés, frustración o rechazo hacia el aprendizaje. En este sentido, la experiencia educativa debe cumplir con dos principios esenciales: continuidad e interacción.

La continuidad hace referencia a la manera en que cada experiencia influye en las siguientes. Una experiencia bien estructurada abre posibilidades, despierta nuevas preguntas y facilita aprendizajes posteriores. Por el contrario, una experiencia mal dirigida puede cerrar caminos, reforzar hábitos negativos o crear prejuicios que limitan la disposición del estudiante hacia nuevas oportunidades. La interacción, por otro lado, se refiere al hecho de que toda experiencia surge del intercambio dinámico entre el individuo y su entorno. El aprendizaje no ocurre en el vacío, sino en situaciones concretas en las que influyen factores sociales, culturales y emocionales. El aula debe entenderse entonces como un espacio vivo donde el alumno interactúa con sus pares, con el docente y con el medio material, construyendo significados que van más allá de lo puramente intelectual.

Dewey subraya que la tarea del educador es seleccionar, guiar y organizar experiencias que promuevan un desarrollo progresivo. Esto implica reconocer que el docente no es un simple transmisor de información ni tampoco un espectador pasivo de la actividad del alumno. Su rol consiste en mediar entre las necesidades, intereses y capacidades del estudiante y los objetivos más amplios de la formación. Una buena experiencia educativa no es necesariamente la más divertida o la más placentera en el momento; lo crucial es que motive la reflexión, el análisis y la capacidad crítica, preparándole para enfrentar desafíos posteriores. Para Dewey, el docente es un organizador o diseñador de experiencias. No se trata de dejar que los estudiantes hagan lo que quieran, sino de crear un entorno rico en oportunidades y desafíos que estimulen la

reflexión. El docente no solo enseña un tema, sino que ayuda a los estudiantes a conectar las experiencias con el conocimiento académico. Por ejemplo, en lugar de solo leer sobre botánica, el educador podría guiar a los estudiantes en un proyecto para sembrar un jardín escolar, donde la experiencia práctica se entrelaza con la teoría.

El planteamiento de Dewey resulta particularmente actual porque anticipa debates que aún persisten en la educación contemporánea. En la práctica, muchas instituciones oscilan entre el formalismo de programas rígidos y la falta de orientación de experiencias demasiado abiertas. Dewey invita a superar esa dicotomía proponiendo una pedagogía en la que el aprendizaje no se mida únicamente por contenidos acumulados, sino por la capacidad del estudiante de continuar aprendiendo de manera autónoma y significativa. Este énfasis en la formación de sujetos críticos y creativos responde a la necesidad de preparar ciudadanos capaces de actuar de manera responsable en una sociedad cambiante.

Otro aspecto relevante de su propuesta es que no reduce la educación a un proceso individual. El principio de interacción resalta la dimensión social del aprendizaje, lo que lo convierte en un fenómeno comunitario. La escuela no es únicamente un espacio de instrucción académica, sino un laboratorio social en el que los estudiantes aprenden a vivir juntos, a cooperar, a resolver conflictos y a construir sentido compartido. De este modo, la educación deja de ser una preparación abstracta para la vida futura y se convierte en vida misma: una experiencia presente que, bien organizada, abre horizontes para el crecimiento personal y colectivo. La cooperación, el respeto por las ideas ajenas y la capacidad de llegar a consensos son aprendizajes tan importantes como los académicos.

En conclusión, *Experiencia y educación* constituye una obra breve pero de gran densidad conceptual, en la que John Dewey ofrece una reflexión crítica sobre los modelos pedagógicos de su tiempo y propone una alternativa basada en los principios de continuidad e interacción. Su teoría de la experiencia educativa no solo cuestiona los límites de la enseñanza tradicional y progresiva, sino que también ofrece criterios concretos para orientar la práctica docente hacia un aprendizaje más significativo. La relevancia de su pensamiento sigue vigente, pues invita a los educadores a pensar en la calidad y el sentido de las

experiencias que proponen a sus alumnos, asegurando que cada una contribuya a un proceso formativo integral. De este modo, la obra de Dewey se convierte en un referente indispensable para quienes buscan comprender y transformar la educación en clave de crecimiento humano y social.